

EXTRAORDINARIO

¿Cuál es la parte más importante de ser un vaso de barro para el Señor?



SAULO, O PABLO COMO FUE LLAMADO MÁS TARDE, ERA SÓLO UN **HOMBRE CORRIENTE QUE TUVO UN ENCUENTRO CON UN DIOS EXTRAORDINARIO** Y QUE APRENDIÓ LA VERDAD DE FILIPENSES 4:13, «TODO LO PUEDO EN CRISTO QUE ME FORTALECE».

Cuando Saulo de Tarso salía de Jerusalén con cartas oficiales del Sumo Sacerdote, seguramente se sentía una persona bastante extraordinaria. Recibió autoridad y poder para dar caza a los creyentes y traerlos de vuelta, obligados e indefensos, a que respondieran por sus «crímenes». Saulo salía *respirando amenazas y muerte* convencido por su propio sentido de importancia y bastante seguro de obtener éxito en su misión. Los que conocían a Saulo también estaban impresionados con este hombre que había aumentado tanto su prominencia a los ojos de los líderes religiosos, y que mostraba excepcionales habilidades y pasión en el cumplimiento de su autoimpuesto llamado.

Sin embargo, antes de llegar a Damasco, Saulo se vio yaciendo en el suelo, asombrado y profundamente consciente de su humanidad. Es después de ese evento, que el Señor al instruir a Ananías a buscar a Saulo, lo describe no como una extraordinaria persona que podía convencer a los reyes y a las naciones con la verdad divina, sino como *un instrumento escogido* que llevaría el nombre del Señor Jesucristo a personas perdidas por todo el mundo (*Hechos 9:15*).

Saulo, o Pablo como fue llamado más tarde, era sólo un hombre corriente que tuvo un encuentro con un Dios extraordinario y que aprendió la verdad de *Filipenses 4:13*, «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece».

Pedro era un pescador ordinario que, como muchos de sus contemporáneos, carecía de los rasgos y la educación que lo hubiera establecido como un hombre de medios e influencia en su sociedad. Pedro probablemente nunca se consideró a sí

mismo extraordinario, y muy probablemente nadie hubiera pensado de él algo así.

Sin embargo, en el día de Pentecostés, cuando vino el Espíritu Santo prometido para morar en los que creyeron en el Señor Jesucristo, el ordinario Pedro fue habilitado por un Dios extraordinario para predicar un mensaje que trajo a 3.000 personas a Cristo.

Antes de esto, durante la noche en que Jesús fue arrestado, Pedro fue dolorosamente consciente de su falta de coraje y capacidad de mantenerse fuerte ante la posibilidad de ser ridiculizado, y aprendió a no mirar dentro de sí mismo para encontrar lo que necesitaba para testificar de Cristo. Llegó a convencerse que «todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder» (*2 Pedro 1: 3*).

Esteban era un hombre ordinario elegido por los creyentes de Jerusalén, para atender, junto con otros seis hombres, las necesidades de las viudas y los pobres. A causa de su testimonio de Cristo y la evidencia del poder del Espíritu Santo en su ministerio, Esteban fue llevado ante el concilio, donde dio un mensaje que condenó y enfureció a los líderes religiosos. Un Dios extraordinario proveyó una gracia tan asombrosa que permitió a un hombre común hacer frente a la muerte en el martirio, viendo a Jesús, de pie a la diestra de Dios, dándole la bienvenida a casa (*Hechos 7:56*).

Desde la muerte de Esteban por lapidación, miles y miles de creyentes ordinarios se han unido a las filas de los mártires, y este número promete aumentarse a medida que el mundo se vuelva cada vez más antagonista al Evangelio.

Todos los que son llamados a sufrir por Cristo encontrarán en *2 Corintios 12:9* la promesa de un Dios extraordinario, «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad». A partir de estos tres ejemplos: Pablo, Pedro y Esteban, impresiona ver que no importa *quién seas*, o lo que *piensas que eres*. Cuando se trata de alcanzar a este mundo con el Evangelio, enfrentamos una tarea extraordinaria, con riesgos extraordinarios. ¡Pero tenemos un Dios extraordinario! 🌍